

CRÓNICAS DE UN PADAWAN Pedro L. Toledo



De las ventas de humo

Tengo un amigo que es un obseso de la agenda. Antes usaba una con anillas y tamaño cuartilla, donde anotaba todas las citas que tenía. Ahora es más “moderné” y tiene dos “apps” en su Ipad, además de un tercero donde anota cada céntimo que gasta, siendo capaz de reflejar el precio del café que se tomó el 18 de junio de 2007 a las 15:52 horas.

También dispone de intrincadas hojas de cálculo con los costes de cada comida. Así, de antemano, cuando va a poner unos a cocer unos garbanzos, sabe que se va a gastar 62 céntimos en las legumbres, 18 céntimos en el butano y 17 céntimos en la carne de gallina, falda y morcilla, elementos éstos, que no deben faltar en un buen cocido.

Y claro, a una persona tan obsesionada con el control, no le cuadra que alguien pueda vivir por encima de sus posibilidades. Creyendo él que una familia que disponga de unos ingresos fijos y pe-

riódicos de carácter mensual (lo que viene siendo una nómina, vamos), para evitarse problemas, al menos debería de disponer de dinero a la vista equivalente a los ingresos que percibe durante seis meses. Luego tira por elevación, en el caso de que los ingresos no sean fijos ni periódicos, marcando el tiempo equivalente de ingresos versus dinero a la vista, en la nada despreciable cifra de tiempo/dinero de doce meses.

De tal modo que, siguiendo las premisas de mi amigo, el 99% de los españoles vivimos por encima de nuestras posibilidades. En caso que de que usted considere que pertenece al 1% restante, habrá de comprobar que disponga de una liquidez mínima de 9.000 euros, si su nómina es de 1.500 euros al mes, por ejemplo. Ahí es nada.

Yo, por mi parte, soy más humilde que mi amigo, me conformo (como casi todo el mundo que conozco o con quien trato), con sobrevivir mes a mes. De arrancar hojas en el calendario, en espera de tiempos mejores. Tiempos que nos tratan de vender que están aquí pero que nosotros, viendo lo que hay, no nos acabamos de creer, porque vemos que nos están estafando.

Como estafaban esos dirigentes de las entidades financieras, a sabiendas que vendían humo, cuando acuciaban a sus trabajadores a vender preferentes. Dirigentes y responsables, sobre los que me gustaría que cayera todo el peso de la ley y que terminaran con sus huesos en la cárcel, con el cumplimiento íntegro de sus condenas, sin beneficios ni indultos, puesto que un indulto, no deja de ser más que una estafa del poder ejecutivo al poder judicial.

Además claro está, de que el Estado fuera responsable solidario, tanto de ésta como de otras cuestiones similares (a todos nos vienen sellos o árboles a la cabeza), puesto que es su deber el proteger a la gran mayoría de los ciudadanos de las aviesas mentes que intentan, han intentado e intentarán vaciarles los bolsillos. Pero hemos de suponer, que con tanta venta de humo, no habría cárceles suficientes para los vendedores, ni dinero para resarcir a los perjudicados.

Que la fuerza os acompañe.

EL BALCONCILLO

Javier del Castillo



El Rey se lo tiene que pensar

Nada más conocerse la abdicación de la reina Beatriz de Holanda, todas las miradas se han dirigido hacia la Casa Real española. Hasta el detalle de los 75 años de ella y los 45 años del heredero, Guillermo de Orange, han servido para dar argumentos a los partidarios de que Don Juan Carlos deje paso a su hijo Don Felipe, antes de que la situación se agrave.

El debate abierto sobre la conveniencia o no de un relevo soberano coincide con otro debate todavía más importante y de mayor calado: la creciente desconfianza de los españoles en el sistema político actual y el tremendo desgaste que está provocando en la Corona el comportamiento presuntamente delictivo y realmente impresentable de Iñaki Urdangarin, cuya firma en alguno de los e-mail hechos públicos por su socio Diego Torres lo retrata: “El duque en-Palma-do”.

Empalmado o no, nadie duda ya del daño irreversible que el marido de

la Infanta Cristina está causando a la institución monárquica, sobre todo después de que haya sido imputado por el juez José Castro el secretario de las Infantas, Carlos García Revenga, y cuando no se descarta tampoco la posible imputación de la Infanta Cristina. Con la fianza de más de ocho millones de euros solicitada por el juez instructor a Iñaki Urdangarin seguro que se le quitan al exjugador de balonmano las ganas de hacer bromas con sus otros “atributos” nobiliarios.

En medio de este procedimiento judicial que, inevitablemente, daña el prestigio y la buena imagen de la Casa Real –sin olvidar tampoco la vergonzosa corrupción política y económica que tenemos encima–, es lógico que muchos monárquicos tengan miedo al cambio y piensen seriamente si la abdicación de Don Juan Carlos a corto plazo no servirá para crear incertidumbres y poner de nuevo en el orden del día la vieja disyuntiva de Monarquía o República.

Frente a los riesgos de una desestabilización institucional, hay que oponer sin eufemismos y ambigüedades una realidad incuestionable: el Príncipe Felipe tiene ya 45 años, una formación adecuada y una imagen excelente. No se ha visto salpicado por las corruptelas y los trapicheos del cuñado. Es más, ha dejado muy claro desde el primer momento cuál es su posición al respecto. El rechazo a los comportamientos irregulares de

Iñaki Urdangarin ha quedado patente en cada una de las ocasiones que podían haber propiciado, por razones familiares, algún acercamiento.

El Rey está en su perfecto derecho de seguir al frente de la nave, pero sus caderas probablemente no resistan el oleaje que se le vendrá encima a la Casa Real con las nuevas imputaciones a algunos de sus empleados.

Nadie puede negar –salvo que se pretenda manipular la historia– los servicios prestados por Don Juan Carlos durante la transición y su decisivo papel en momentos tan difíciles para la recién estrenada democracia como el asalto al Congreso de los Diputados del 23 de febrero de 1981. Pero tampoco hay que olvidar algunos errores de bulto. Como, por ejemplo, su traumática escapada a Botsuana, siguiendo la senda de los elefantes, o su pasividad y presunto desconocimiento de los negocios y chanchullos en los que estaba metido su yerno, Iñaki Urdangarin.

Visto lo visto, con la corrupción llamando a la puerta de palacio, creo que es hora de pensar en un saludable recambio.

TORRE DEL GALLO



Javier Sanz

Borbón y cuenta nueva

Felipe VI ya está para reinar. Papá ha cumplido, de sobra. No obstante accedió al trono mediada la treintena y con un par desmontó un 23-F afeitando los últimos bigotes franquistas de los generalones que querían recuperar las esencias de aquella que fuera una, grande y ¿libre? Juan Carlos I ha sido un buen rey para el pueblo, un rey al que la derecha creía patrimonio suyo pero él veía más lejos y colegeó con la izquierda para asentarse en Europa y vender una España contemporánea y sin caspa. En sus últimos años, descubierta la vena borbona, la Iberia meapilas le ha tirado más de un viaje a la yugular y se ha visto en las de pedir perdón: “No volverá a suceder” –decía mientras pensara: “no me jodas, qué tropa, lo que tenemos que hacer los reyes para contentar al pueblo pío”–.

Ahora Felipe VI tiene que dar el salto como su primo de Holanda. Desmarcado de duques tiesos y empalmados –vaya ojo el de las Infantas, que parece los sacaron de “Mujeres, hombres y viceversa”–, le toca pegar el salto antes de que el Urdanga le empuje hasta la cubertería de Zarzuela. A doña Leti le sale también una tía que vende las fotos de su primera boda, la de Almendra-lejo. Cada día trae su afán. En fin, todo sea por la patria y ¡Viva la Monarquía, manque pierda! ¿O se imaginan a Esperanza Aguirre, José Bono, Alfonso Guerra o José María Aznar presidiendo la III República? Ahí se abriría una nueva categoría de huida: el exilio estético. Llegados hasta aquí: Borbón y cuenta nueva.